
**PALABRAS DEL PERIODISTA IGNACIO CAMACHO
EN EL DESAYUNO INFORMATIVO DEL FÓRUM EUROPA**

Madrid, 14 de noviembre de 2013

Miren ustedes, yo no voy a cometer la insolencia de presentarles a Soledad Becerril por razones obvias; en todo caso tendría que ser ella, una de las personas más respetadas de la escena pública española en los últimos treinta años, la que me presentase a mí. Sería por lo demás tan reduccionista como redundante que enumerase aquí su largo currículum político desde que allá a mediados de los setenta comenzó a moverse en los círculos liberales de Sevilla y en el joven partido del añorado Joaquín Garrigues Walker. Pero como ella me ha pedido que le anteceda en el uso de la palabra en este acto intentaré cumplir el encargo dibujándoles un somero retrato a lápiz que pueda trasladarles algunos rasgos de su personalidad y su talante.

Y quisiera empezar contándoles una cosa que espero que nuestra invitada no considere una indiscreción. (Y si la considera es igual; somos amigos pero soy periodista y lo sabe). Poco antes de que la llamasen para ofrecerle la Magistratura de Defensor del Pueblo, Soledad Becerril había acudido a ofrecer sus servicios voluntarios a la Cruz Roja y a otras organizaciones de asistencia civil. Había dejado la política después de más de tres décadas y no sólo quería sentirse útil: quería ayudar. Ayudar a la gente, a sus conciudadanos, y hacerlo en el ámbito en que la crisis ha hecho más necesaria la colaboración de todos: en el de la solidaridad, en el de la protección de los desasistidos, en el de la defensa de los débiles.

Me consta, porque lo hablamos entonces, que tras la llegada del PP al poder de ninguna manera deseaba aceptar un cargo representativo para matar el gusanillo de la vida pública; estaba decidida a trabajar en el campo de la ayuda social. Simplemente, como tantas otras personas que por fortuna se han comprometido en este tiempo incierto, había considerado llegada la hora de devolver a la sociedad, mediante la colaboración desinteresada, algo de lo que la sociedad le ha dado.

Entenderán ustedes que nuestra invitada consideró la oferta del puesto que hoy ocupa como una especie de encargo providencial para desarrollar ese impulso de cooperación y asistencia. Soy testigo, como lo son sus colaboradores, del entusiasmo y el sentido de la responsabilidad con que ha abordado su tarea. Con idéntica intensidad, dedicación y empuje que los que dedicó a la Alcaldía de Sevilla en el tiempo en que le tocó desempeñarla. Con la entrega perseverante que identifica y define toda su trayectoria pública porque es la impronta de su personalidad y de su carácter: tenacidad, austeridad, trabajo e independencia. Vocación de servicio respaldada en una determinación formidable.

Como todos ustedes saben, el pasado año, cuando asumió su actual responsabilidad, Soledad Becerril había abandonado voluntariamente la política. Lo hizo poco antes de las elecciones de 2011, justo cuando la más que presentida victoria del Partido Popular aproximaba a su entorno muchas expectativas y no pocas vocaciones repentinamente despertadas. Fue entonces cuando ella decidió dar un paso al costado, abrir sitio, retirarse. Volver a la vida civil para que otros más jóvenes, o más nuevos -porque más enérgicos es difícil- se ocupasen de las responsabilidades del poder desde la primera fila.

Ya lo había hecho una vez, pero en otras circunstancias, cuando el último Gobierno de UCD del que formaba parte como ministra de Cultura, la primera ministra española desde la Guerra Civil, se disipó al viento de un cambio de la Historia. Entonces también sintió cumplida una misión; la Transición democrática terminó aquellos días y ella entregó los trastos y se fue a su casa como aquellos senadores romanos que volvían al arado después de haber servido a su patria.

Eso, la retirada, el acto de irse, nunca le ha representado un problema. En primer lugar porque tiene a dónde ir, porque la política es su vida pero no su medio de vida; porque tal vez a menudo necesite la política para sentirse viva pero no la necesita para vivir, que no es exactamente lo mismo.

Y en segundo lugar porque, liberal de principios como es desde que tiene conciencia, sabe que la democracia es alternancia, que el poder tiende a degenerarse cuando se prolonga y que los adversarios no son enemigos. En una ocasión en 1999, renunció a

seguir en la Alcaldía de Sevilla, cuyas elecciones había vuelto a ganar, para no depender de un pacto que le obligaba a compromisos que su ética personal le impedía asumir. No sé si algunos, incluso entre los suyos, habrán logrado ya perdonarle aquel insólito gesto de independencia radical.

Déjenme decirles que Soledad Becerril dejó en la Alcaldía de Sevilla una huella moral imborrable. No sólo por la escrupulosa honestidad con la que lo ejerció, la misma con la que ahora mira en qué se gasta el último céntimo de un presupuesto que sabe que no es suyo. Es que le tocó ejercer el liderazgo de la ciudad en el momento más crítico y doloroso de su historia reciente: el del asesinato de Alberto Jiménez Becerril y su esposa Ascensión García Ortiz en una lluviosa noche de enero que todos los que la vivimos tenemos grabada en el alma con letras de plomo.

En aquellos días de rabia, sufrimiento y lágrimas, Soledad fue la viuda de Sevilla, la vestal democrática que sostuvo y encarnó la dignidad ciudadana con una integridad y una nobleza de espíritu inolvidables. Su estampa enlutada y su emotivo discurso de resistencia frente a la barbarie sirvieron de bálsamo moral para una comunidad inesperadamente golpeada por el delirio terrorista. Fue el rostro y la voz de una ciudad herida y supo serlo, en los instantes más amargos tal vez de su existencia, con una entereza, una prestancia, una rectitud y una firmeza que aún hoy, quince años después del crimen, perviven en la memoria de los sevillanos.

En estos difíciles tiempos de sentencias incomprensibles me parece necesario recordar que aquellos días malditos la marcaron de una manera indeleble con el sello de una superviviente del terrorismo y fueron determinantes en su activa cercanía moral a las víctimas y a su tragedia de sufrimiento y desamparo.

He dicho desamparo y tal vez sea la palabra, el concepto clave en la actual etapa de nuestra invitada de hoy. Puedo garantizarles que la Defensora del Pueblo es una persona absoluta, integralmente convencida de la necesidad de proporcionar amparo, ayuda y consuelo a las víctimas, que por desgracia se cuentan por millones, de una crisis que ha desgarrado el tejido de la sociedad española.

A los que en estos años devastadores han perdido su empleo, su vivienda, su bienestar y hasta su suerte. Y que se ha comprometido con todo su esfuerzo a que no pierdan también la esperanza. A que en alguna parte del Estado encuentren la puerta a la que llamar para no sentirse vencidos. A conservar el hilo que cose la delicada relación de confianza entre los ciudadanos y sus instituciones. A luchar por la letra pequeña de la cohesión social. A defender con todo su empeño a quienes han sufrido el abuso de poder, la arbitrariedad administrativa, el retraso judicial, las malas prácticas mercantiles, las secuelas de la epidemia laboral. A tender sus manos a todas esas personas, a menudo orilladas o preteridas por la política de los grandes conceptos y las decisiones generales, a quienes la recesión ha convertido en daños colaterales de su desolación destructiva.

Algunos problemas los podrá arreglar y otros no. Pero de algo podemos estar seguros, y es de que esta Defensora del Pueblo está tenaz y obstinadamente decidida a defender al pueblo, al pueblo español. Con la testaruda convicción que ha puesto en toda su carrera desde que, allá en los albores de la libertad, se comprometió con la causa del progreso democrático. Entonces era una joven burguesa empeñada en divulgar nada menos que en la Andalucía del subdesarrollo los valores del liberalismo ilustrado. Hoy es una política veterana, curtida en la experiencia parlamentaria y de gobierno, rocosa en su determinación y curada de desengaños. Lo admirable es que en estos tiempos de desarraigo siga aferrada a su fe cívica con una pasión indestructible.